

Rodolfo Hinostroza

Poeta peruano nacido en Lima (Perú) en 1941. Entre sus obras destacan *Consejero del Lobo* (1965), *Contranatura* (1991), *Poemas reunidos* (1986).



PROBLEMAS CON BRABANCIO

*O thou foul thief! Where hast thou
Stow'd my daughter? Damn'd as thou
Art thou hast enchanted her.*

Shakespeare

I

Una oleada de pájaros migratorios pasa sobre tu frente
la niña de los naranjos eras
nada es verdad pero el exilio
una banda/una música/caracolas marinas
yo más muerto que vivo
pateando cráneos de caballos sobre la playa
& se me llamó
la guardia se prolongará toda la noche
velaré bajo los astros
contando los acordes de los grillos
así: ba bek brak bek

Nadie: me llamó Nadie

paseo y me pierdo en el planeta

las fronteras están cerradas

digo América América

mi memoria no es la memoria

nada basta no hay un pasado

desempolvar viejas crónicas poner el dedo

desovar y morir.

II

& mi tribu circuncidaba los cráneos

tomaba afrodisíacos

hierbas para ver más allá

la sombra de un automóvil algo

no me oyes venir más fuerte que la noche

no has hallado unos nombres tarjados sobre el muro:

Palmira

Bizancio Babilonia Texacoatl

Jerusalem O Jerusalem

& hubo vírgenes en

las murallas

pelo azul vientre de cobre

flores consumidas en la fiesta

una lengua un olor

así cantaron los poetas

sílabas perdidas balbuceos idiomas muertos

razas barajadas

& un Poder pudo más que otro Poder

una lengua mató a otra lengua
los conquistadores bailaron las dulces canciones del ene-
migo

mi cabeza bascula

la niña de los naranjos eras

lavé pisos en Amsterdam

alabé la técnica

Oh Most potent, grave and

reverent signiors

La Tierra es una.

III

No habían países

Anatolia Bretaña Pomerania

las incesantes migraciones

lentas oleadas de aves/ paisajes de diluvio

todos somos negros/judíos/vagabundos

ningún dios vale tanto

Las puertas no prevalecerán

arrastramos un total una fuerza

no morirán conmigo las praderas

he dejado una voz un llamado

las naranjas de Wesselman

el óvulo del sol

Mater docíssima.



LOS HUESOS DE MI PADRE

Serán éstos los 206 aristocráticos huesos de mi padre?

Todos completos, con su maxilar inferior, su frontal,
sus falangetas, su astrágalo,

su vomer, sus clavículas?

No se habrán confundido

en la Fosa Común

con los de un vagabundo

de esos que abundan en las calles de Lima,

y mueren sin un grito? Cómo voy a confiar

en que sean éstos los huesos de mi querido padre,

don Octavio, Tachito,

si en la Fosa Común donde lo echaron

puede ocurrirle cualquier cosa

a los huesos de uno?

Su hermano, tío Reynaldo había jurado

encontrar a mi padre, y recorrió toda esta Lima a pie

durante un año, para hallar a mi padre, el poeta,

que se había perdido en la ciudad,

como suele ocurrirles a los ancianos y a los locos.

Todos los días salía, después del desayuno,

a buscar al hermano mayor,

a aquel poeta provinciano,

talentoso, desgraciado y perdido

por los barrios de Lima. Llevaba

una vieja foto de mi padre, amarillenta,

donde aparecía con su pelo muy blanco,

sus ojillos brillantes de inteligencia, sus mejillas flácidas

labradas por años de inútiles batallas

donde sus huesos misteriosamente habían venido a dar
porque nadie había reclamado su cadáver.

La muerte

que con callado pie todo lo iguala
lo había sorprendido en un asilo municipal
donde llevan a los locos que vagan por las calles de Lima
y había muerto, enloquecido y solo,
él, Octavio, Tachito, el poeta, el hermano mayor
que había nacido en cuna de oro.

Siempre pensé que moriría rodeado
como Maese Manrique
de sus hijos, hermanos y criados
reconciliado con su terco destino
y cesaría la angustia

la loca angustia que desorbitaba sus ojos
porque no quería morir como un fracasado
y su muerte le cerraría para siempre
las puertas de La Gloria.

No reposó un instante en vida
acechando a la suerte en todos los caminos,
en todos los concursos,
esperando un cambio del destino
un premio, algo definitivo
que sacase su nombre del anonimato
y le diese la paz. Ya no soñaba con el Premio Nobel,
si no con la publicación de sus poemas
que eran profundamente hermosos
y cada día más bellos
cuanto más desgraciada era su vida.

Se sentía en deuda

con nosotros sus hijos,

y los recuerdos de nuestra infancia feliz lo atormentaban
hasta hacerlo sangrar
como un patriarca loco que ha perdido
el paraíso inadvertidamente
por una mala mano en el Tresillo
un mal consejo, o una debilidad de temple
inconfesable.

Entonces quería estar solo, huía
de la familia, se confundía
en Lima entre los vagabundos, le aterraba
y le atraía como un destino escrito
la mendicidad al final del camino. No aceptaba
el rol que todos querían para él:
el del abuelo sabio y respetado
que mora y aconseja en el hogar de su hija: prefirió
seguir en la batalla hasta el final,
irse a la calle
esperando un milagro.

Sus despojos
fueron a dar a la Fosa Común,
hasta que el proceso
de putrefacción termine, en cosa de tres años
y sus huesos, mondos, nos fueron entregados
en una caja de zapatos, con una etiqueta identificatoria.

Ahora reposan en el Cementerio el Angel
en una de esas fúnebres bibliotecas de huesos
a pocos bloques de donde mi madre duerme su sueño eterno.
La muerte, piadosamente,
ha acercado los huesos de dos seres que la vida separó,
y sus nombres han vuelto a aproximarse
en el silencio de este camposanto

como cuando se vieron por primera vez
y se amaron.

En ocasiones
mi hermana y yo llevamos flores,
a un sepulcro y el otro,
y todavía sufrimos por su amor desgraciado,
que sin embargo dio maravillosos frutos.